

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Nuestro Emmo. Prelado continúa en Roma sin novedad.

LITURGIA. Tercera serie.

ARTICULO 2.º

Bendicion é imposicion de cenizas in feria 4.ª cinerum.

El sacristan deberá preparar sobre la credencia el cáliz con velo morado, manipulo y casulla del mismo color, incensario y naveta con incienso, calderilla con agua bendita é hisopo, una bandeja con miga de pan, palangana, jarro con agua y tohalla, y además las vinageras para la misa. El altar deberá tener frontal de color morado, cuatro ó seis candeleros con otras tantas velas, sin adornos de ninguna clase, y al lado de la Epístola mas allá del misal un vasito de plata, si puede ser, con las cenizas, que deberán ser de ramos benditos el año anterior, pasadas por tamiz; este vaso deberá estar cubierto con su tapadera, y si no la hubiere, con velo morado. En la sacristía deberá prepararse amito, alba, estola y capa morada, fuego para

el incensario, y las sobrepellices para los asistentes.

Llegada la hora señalada por el señor Cura, se llama al pueblo con las campanas, segun se acostumbré en la parroquia y acuden á la sacristía los asistentes con el celebrante: éste, despues de prepararse para decir la misa, se lava las manos y reviste con el amito, alba, cíngulo, estola y capa morada, ayudándole á todo esto los asistentes, que habrán tomado sus roquetes ó sobrepellices mientras aquel se ha preparado. Entre tanto uno de los asistentes enciende las velas del altar, y vuelve á la sacristía. Todos saludan antes de salir á la cruz ó imágen principal de la sacristía, y se dirigen al altar mayor: allí se descubre el celebrante, y entrega el bonete á uno de los asistentes, y hacen inclinacion ó genuflexion del mismo modo que se previno para el dia de la Purificacion; suben al medio del altar, lo besa el celebrante, y se retiran al lado de la Epístola; entre tanto uno de los asistentes descubre el vasito de las cenizas. El celebrante, en llegando al misal, recita como en él se previene la antifona *Exaudi*, y si hay cantores la cantarán.

Uno de los asistentes pone fuego en el incensario. Repetida la antifona dice ó canta el celebrante en tono ferial, sin volverse al pueblo y con las manos juntas, *Dominus vobiscum*, y en seguida las cuatro oraciones del misal, y cuando hay en ellas la señal de la cruz la hace sobre las cenizas con la mano derecha, y colocando sobre el altar la izquierda: mientras la última se aproximan dos asistentes, uno con el incensario y otro con el aspersorio. Pone el sacerdote incienso, lo bendice, toma el aspersorio, rocía tres veces la ceniza, diciendo al mismo tiempo la antifona *Asperges me, etc.*, sin salmo, y luego la incienso, observándose en todo esto lo prevenido para la aspersion é incensacion de las velas en el dia de la Purificacion. Hecho esto toma uno de los asistentes el vaso de las cenizas y lo coloca en medio del altar. El celebrante se sienta en un sillón colocado en el lado de la Epístola, y hace una breve plática acerca del objeto de la bendicion é imposicion de la ceniza. Concluida la plática, si no hay otro sacerdote que haga de diácono, va el celebrante al medio del altar, hace inclinacion á la cruz al llegar, se arrodilla, toma un polvo de ceniza, y él mismo se la pone en forma de cruz sobre la cabeza sin decir nada. Si hubiere otro sacerdote, deberá subir concluida la plática al altar, tomar de allí el vasito de la ceniza, hacer inclinacion á la cruz, y bajarse al último escalon, ó sea al mas alto. El celebrante va al altar, hace inclinacion á la cruz, se vuelve, y estando de pie frente al pueblo, inclina la cabeza, para

que el otro sacerdote le ponga la ceniza, diciendo las palabras: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* El celebrante, despues de recibir la ceniza, sea de su propia mano, sea de la del otro sacerdote, va al lado de la Epístola, y lee en el misal toda la antifona *Inmitemur*, que deberán cantar los cantores si los hay. Concluida (1) vuelve al medio del altar, saluda á la cruz con inclinacion de cabeza, se vuelve, y pone la ceniza á los asistentes, que se presentan en el escalon mas alto arrodillados, con las manos juntas é inclinando la cabeza. Al poner la ceniza en forma de cruz sobre la cabeza de cada uno, dice el celebrante: *Memento, homo, etc.* Despues de poner la ceniza á los asistentes, que deberán presentarse por órden segun su dignidad, se vuelven todos hácia el altar, saludan á la cruz, y bajan á la barandilla al lado de la Epístola, en donde el celebrante pone la ceniza al pueblo, primero á los hombres, y entre estos anteponiendo á los que tengan autoridad. Todos se presentan arrodillados, con las manos juntas y con la cabeza un poco inclinada: á cada uno repite el celebrante las referidas palabras.

ANTÍFONAS QUE HAY QUE LEER Ó CANTAR.

Exaudi nos, Domine, quoniam benigna est misericordia tua: secundum multitudinem miserationum tuarum respice in nos Domine.

(1) Algunos previenen que si hay cantores que canten esta antifona, no hay necesidad de que el celebrante la lea; de todos modos no es necesario que espere á que acaben los cantores, sino que apenas él acaba de leerla comienza á poner la ceniza.

Salmo. Salvum me fac Deus * quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam.

ÿ Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto * sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum. Amen. Se repite *Exaudi, etc.*

Immutemur habitu in cinere et cilicio: jejunemus, et ploremus ante Dominum.

Quia multum misericors est: dimittere peccata nostra Deus noster.

ñ. Emmendemus in melius quæ ignoranter peccavimus: ne subito præoccupati die mortis, quæramus spatium pænitiæ, et invenire non possimus. Attende Domine, et miserere, quia peccavimus tibi.

ÿ. Adjuva nos Deus salutaris noster, et propter honorem nominis tui, Domine, libera nos.

Attende Domine, et miserere, quia peccavimus tibi.

Gloria Patri et Filio, et Spiritui sancto. Attende Domine, et miserere, quia peccavimus tibi.

Finalizada la imposición de las cenizas, se retira el celebrante al plano del Presbiterio, al lado de la Epístola, y allí con la asistencia de sus clérigos ó acólitos se lavará las manos con una miga de pan y agua, y las enjugará con la tohalla prevenida.

Luego se vuelve por el camino mas largo á los piés de la peana del altar en medio, hace allí reverencia y se va al sitio donde está el misal al lado de la Epístola.

Allí mismo, vuelto al altar y con las

manos juntas, dice ó canta: *Dominus vobiscum*, y la oración *Concede nobis Domine, etc.*, la que concluida se baja al plano de la Epístola, haciendo antes reverencia al altar.

En el plano de la Epístola, cerca de su silla, los asistentes ayudan al preste á quitar la capa pluvial: toma el manipulo y la casulla, diciendo las oraciones acostumbradas, y si quiere se sienta algun tanto.

Mientras tanto, uno de los asistentes lleva el cáliz al altar; despliega y estiendo los corporales en medio, y coloca el cáliz sobre ellos.

El celebrante se llega al altar para comenzar la misa como en otras ocasiones, y la de hoy la dirá ó cantará como está en el misal.

Solo se previene que al versículo *Adjuva nos* del Tracto, cuando le reza el sacerdote, doble una rodilla nada mas á las primeras palabras, y cuando lo cantare el coro en el medio del altar; esto se entiende cuando la misa sea cantada. Pero sea cantada ó sea rezada, el *Humiliate capita vestra Deo* lo dirá el mismo celebrante en el mismo sitio en que dijo las últimas oraciones. Al decir *Humiliate* inclinará la cabeza hácia la cruz y juntará las manos, pero las estenderá al decir la oración.

Al decir el celebrante la antífona del *Postcomunio*, uno de los asistentes retira el cáliz del altar á la credencia.

Acabada la misa, acompañado de los asistentes, cubierta la cabeza con su bonete, y con las manos juntas delante del pecho se vuelve á la sacristía, en donde se desnuda de los ornamentos

sagrados, y da gracias del modo acostumbra-
do.

El sacristan retira del altar y de la credencia lo que habia sacado para la funcion, y coloca cada cosa en su lugar.

Creemos interesantes los siguientes decretos relativos á esta solemnidad:

«Archipresbyter Cathedralis supplicavit declarari, Missam solemnem in feria 4 Cinerum celebrari debere per illum, qui distribuit Cineres, iuxta alias resoluta.

Et S. R. C. respondit: *Celebrari debere per distribuentem Cineres. Die 26 martii 1639. Civitatis castellanæ.*

Utrum Sacerdos in Missa privata sacris indutus paramentis possit Cineres distribuere, et Sanctorum reliquias deosculandas præbere, uti mos est in Veronensi civitate, expleta Missa? Et quatenus affirmative an possit sibimet Cineres prius imponere genuflexus coram Altare nihil dicens? Resp. *Affirmative ad primam partem, negative ad secundam.*

Utrum in oratione super populum ad verba *Humiliate capita vestra Deo*, Sacerdos debeat inclinare se versus librum, vel versus Crucem? Resp. *Servetur peculiaris rubrica fer. 4 Cinerum nihil præscribentis. S. R. C. in Veronen. die 16 martii 1833 ad dub. 4, 5, 7.*

An Benedictio publica Sacrorum Cinerum prima die Quádragesimæ facienda fieri possit post Tértiam?

Et S. R. C. censuit respondendum: *Servandas esse Rubricas* (idest fieri debere post Nonam) die 22 januarii 1704. *Congreg. Montis Coronæ ad 4.*

Ubi populus laboriosis operibus intentus solemnibus Cinerum benedictionis tempus expectare nequeat, nihil est quod vetet, summo mane per aliquem Sacerdotem privatim Cineres benedici, ut pro temporis opportunitate votis populi satisfieri valeat. Id fieri auctores laudant, et communis probat Ecclesiarum praxis.

Hæc autem privata benedictio fiet per consuetas Orationes, et aspersionem aquæ benedictæ, omissis iis, quæ ad maiorem solemnitatem spectant, veluti Antiphonam *Evangelii*, incensationem, et Antiphonam *Immutemur*. P. Cavalieri tom. 4, dec. 23, cap. in Ord. 215.

In benedictionibus candelarum, cinerum, et palmarum dicit rubrica Missalis *ter aspergit.... aqua benedicta.... ter adolet incenso*, et sic legitur in Cæremoniali Episcoporum. Nihil autem dicitur an prædictæ aspersiones, sicut et aspersiones, quæ fit diebus Dominicis, faciendæ sint per modum Crucis ut præscribitur in Rituali Romano pro benedictione mulierum post partum, an alio modo. Similiter in iis locis, sicut et in thurificatione Sacramenti expositi, Crucis, Reliquiarum, Altaris, et Evangelium in Missa solemnibus nihil dicit rubrica an tres thuribuli ductus debeant esse simplices an duplicati. Quæritur quomodo facienda sit tam aspersiones quam thurificatio, quum praxis videatur arbitraria? Resp. *Serventur rubricæ et praxis communis. S. R. C. die 12 nov. 1834. In una Marsor. ad dub. 38.*

El 24 de diciembre á las once de la noche falleció en esta corte el presbítero

Dr. D. Pedro José Ruiz, Predicador de S. M. y Penitenciario de la Real Iglesia del Buen Suceso. Su muerte no ha podido menos de ser muy sentida en la corte, donde se hacia justicia á las relevantes prendas del difunto. R. I. P.

—Tambien ha muerto en los últimos dias del año anterior, fuera de Madrid, el respetabilísimo Párroco de Santiago, cuya muerte ha sido tambien llorada por sus feligreses. R. I. P.

—El conocido y apreciadísimo presbítero D. Antonio Herrero y Traña ha sido nombrado Ecónomo de Santiago, con satisfaccion de los fieles de aquella parroquia y de cuantos conocen la virtud y ciencia del agraciado.

VARIETADES.

Ceremonias de la solemne recepcion del capelo, que en la mañana del jueves 30 de noviembre de 1854 impuso nuestro Santísimo Padre Pio IX al cardenal arzobispo de Toledo.

El cardenal llegó á Roma en la tarde del dia 23 de noviembre, y á poco rato vino á visitarle monseñor Eduardo Borromeo Vaseso, maestro de cámara de Su Santidad, participándole, por medio de un billete, que el Santo Padre le recibiria en la mañana del domingo 26, á las once y media, permaneciendo entre tanto sin salir del palacio de la embajada de España, donde se hallaba alojado: el domingo á las once salió en el coche de gala, vestido de capisayos morados, faja del mismo color con fleco de oro, y cubierto el pectoral, como es de ceremonia donde quiera que resida el Santo Padre, y con sombrero negro tricornio y borla de oro á la Italiana, acompañado solamente del maestro de ceremonias y un familiar, y con las cortinillas del coche cerradas para no ser visto: así fué directamente al palacio

del Vaticano, donde el Santo Padre se dignó recibirlo en audiencia particular, á la hora citada, con la bondad y amabilidad propias de su carácter. Terminada la vista, que duraria como media hora, regresó en la misma forma al palacio de la embajada: desnudado de los capisayos, vistió el balandran negro con vivos morados, faja y borla del mismo color, y en la mano el sombrero negro, y así recibió particularmente á los que vinieron á visitarle aquel dia, habiendo en la antecámara de su habitacion un capellan, maestro de ceremonias, y otro cuadatarario, además los familiares y otras personas, y á su lado dos gentiles-hombres con traje muy parecido á la española antigua.

Debiendo ser el dia 30 la imposicion del capelo en el consistorio público, tres dias antes, el 27, comenzó á las nueve y media de la mañana la recepcion solemne de etiqueta de las personas y corporaciones que se presentaban á felicitar al cardenal por su dignidad. Al efecto las habitaciones del palacio de la embajada estaban adornadas con magnificencia, gusto y elegantes muebles: desde la escalera y antecámaras hasta la habitacion donde recibia al cardenal, habia distribuidos criados y servidumbre de diversa gerarquía, que en el momento de llegar alguna persona la anunciaba en voz muy alta, la cual se repetia en cada sala hasta llegar á los dos gentiles-hombres que estaban á los lados del cardenal, colocado en pié á la entrada de su habitacion, vestido de sotana, faja, muceta y volantes, todo de color morado, y con el sombrero negro tricornio bajo el brazo: los gentiles-hombres anunciaban las personas que se iban presentando, á las cuales contestaba el cardenal.

Esta primera recepcion duró tres horas y media, en cuyo espacio fueron viniendo los maestros de cámara y gentiles-hombres de todos los cardenales, los

generales de las órdenes regulares, prelados domésticos de Su Santidad, camareros secretos, auditores de la rota, eclesiásticos de todas gerarquías, estado mayor de las tropas pontificias y de la guarnición francesa.

La recepción de la noche comenzó á las cinco y media y concluyó á las diez: se verificó en el magnífico salon del trono, ricamente tapizado con terciopelo carmesí y galones de oro, y cortinaje de lo mismo, vistosas alfombras, elegantes candelabros, grande y hermosa araña y sillones primorosamente tallados, y bajo el dosel los retratos de Su Santidad y S. M. la Reina de España, dando mucho realce á la ceremonia la profusa iluminacion del salon, cámaras y demás habitaciones hasta la escalera. El cardenal, vestido con sotana, faja, muceta y manto, todo morado, con las grandes cruces y pectoral descubierto, y sombrero tricornio en la mano, se colocó en pié á la entrada del salon con los dos gentiles-hombres, como en la mañana, para recibir á todas las personas que iban viniendo, cardenales, arzobispos y obispos, príncipes, princesas, títulos romanos, cuerpo diplomático extranjero, generales franceses é italianos, y personas de categoría, todos con sus respectivos uniformes de rigurosa etiqueta; los generales eran anunciados en la forma ya citada. La recepción duró cuatro horas y media, permitiéndose al cardenal estuviere sentado en los intermedios, cuando no venia alguna persona: entre tanto, no cesaban de tocar piezas escogidas dos magníficas orquestas colocadas en la plaza en sus tabladros frente á las puertas del palacio, todo lo cual atrajo un concurso extraordinario.

El 28, por mañana y noche, se repitió la misma recepción, y con iguales horas, aunque con menos concurrencia, por haberse presentado el día anterior la mayor parte de los que venian á felicitar.

Lo mismo sucedió el 29 por la mañana, pues en su noche no debia haber ni hubo recepción, segun la etiqueta.

El jueves 30, día designado por el Santo Padre para celebrar el consistorio público é imponer el capelo, vestido el cardenal de sotana con faja, roquete, capisallos encarnados, medias y zapatos del mismo color, salió del palacio de la embajada con la solemnidad y ceremonias establecidas: iban siete magníficos coches con trenes de toda gala; en el primero, que era la carroza, el cardenal solo con el maestro de ceremonias y el gentil-hombre con las cortinillas corridas, y en los demás toda la comitiva de etiqueta. Luego que llegó al Vaticano, en la antesala de la capilla sistina se desnudó de la muceta y manteleta, y vistió sobre el roquete la capa de coro consistorial de color morado con muceta de armiño, y entró en la capilla, tomando asiento en los escaños de la derecha. Allí esperó llegase el cardenal patriarca de Lisboa, que habia venido á recibir tambien el capelo, y tuvo en su habitación las mismas ceremonias y etiquetas. Poco despues entraron los cardenales Machi, decano; Amat, vice-canciller; Barberini, como mas antiguo de los presbíteros, y Riario Sforza de los diáconos, y acompañando á los cardenales que esperaban subieron al altar y puestos en el lado de la epístola, El de Lisboa, como mas antiguo, leyó el juramento que se presta en estos actos, poniendo ambos la mano sobre el libro de los Evangelios. Antes de esta ceremonia, y mientras esperaban los dos cardenales, cantaron los músicos en la capilla tres motetes con voces muy escogidas. Concluido el juramento pasaron al salon de consistorio público, donde ya se hallaban reunidos todos los cardenales, vestidos de roquete y capa de coro consistorial de color morado, y muceta de armiño muy recogida la cola, colocándose cada uno de los dos en el sitio que les correspon-

dia, y sus caudatarios al pie en la grada inferior, permaneciendo todos sentados esperando la llegada de Su Santidad.

A las diez y media entró el Santo Padre revestido de capa pluvial encarnada con mitra de tisú de oro, lisa, acompañado de los maestros de ceremonias, camareros secretos y demas de la servidumbre para este solemne acto. Es de hermosa y venerable presencia, y agradable rostro que inspira amor y respeto; al entrar se levantaron todos los cardenales, en seguida se sentó, y estos tambien: segun costumbre, uno de los abogados de la curia leyó un compendio de la vida de la venerable Maria de los Angeles, cuya causa de beatificacion sigue los trámites ordinarios, y refirió tambien algunos milagros obrados por la intercesion de la misma. En seguida el cardenal de Lisboa, como mas antiguo, salió de su asiento, acompañado de un maestro de ceremonias, con la capa suelta, y el carcedatario llevando la cola; hizo tres reverencias profundas al Santo Padre en distancias convenientes, se acercó al trono, é hincado de rodillas le besó el pié y la mano: acto continuo, Su Santidad le puso el sombrero encarnado y un anillo con piedra de amatista con la correspondiente ovacion, le asignó el título de la iglesia que habia elegido, y levantándose dió al cardenal un abrazo muy afectuoso: vuelto este á su asiento, salió del suyo el de Toledo, practicó las mismas ceremonias, recibió el capelo y anillo, asignándole Su Santidad el título de Santa Maria de la Paz, que habia elegido entre los vacantes, y le dió el abrazo: en seguida, ambos fueron abrazando á todos los cardenales.

A estos actos asistieron en las tribunas los individuos del cuerpo diplomático y cuantos pudieron tomar asiento, y los demás concurrentes á los piés del salon. Concluida esta ceremonia, se retiró Su Santidad, y los nuevos cardena-

les con todo el sacro colegio se dirigieron á la capilla Sixtina, donde se cantó un solemne *Te-Deum*, postrados entre tanto al pié del altar, y con el capillo de la muceta cubierta la cabeza los dos que acababan de recibir el capelo, y luego, puestos en la puerta de la capilla, fueron recibiendo la enhorabuena de todos los cardenales.

Despues pasaron al salon donde se celebran los consistorios secretos: el Santo Padre dijo la fórmula de cerrar la boca á los dos nuevos, preconizó once obispos, en cuyo acto no tomaron parte los dos: en seguida pronunció la fórmula de abrir la boca, permaneciendo ambos en sus respectivos asientos sin acercarse ninguno de los dos al Santo Padre, que se retiró á su habitacion inmediatamente. Todas estas ceremonias concluyeron á las doce y media, y el cardenal volvió al palacio de la embajada con el mismo orden y acompañamiento que habia salido para tomar algun alimento, y continuar á los de la tarde los que seguian.

En esta hora salió el cardenal en el mismo coche que le sirvió por la mañana, acompañado del arzobispo de Santiago, obispo de Salamanca, y el maestro de ceremonias, precediendo un piquete de caballeria: despues seguian los coches con los capellanes y demás de la ceremonia caminando muy despacio; fué al colegio de los jesuitas llamado el Jesus y en un salon bajo preparado al efecto, recibió de nuevo en union con el cardenal de Lisboa que llegó pocos momentos despues, las felicitaciones de los gentiles hombres y maestros de cámara de los cardenales, príncipes, títulos, prelados y otras muchas personas. Concluida esta ceremonia, reunidos ya los dos nuevos cardenales y tambien sus comitivas; precedidos del piquete de caballería, y con sus servidumbres al lado de los coches, se dirigieron á la Basílica de San Pedro en el Vaticano, donde hicieron

una buena oracion en la capilla del Sagrario y otra en el crucero delante del altar mayor, de allí pasaron á visitar al cardenal decano del sacro colegio, quien les recibió con toda ceremonia acompañado de varios prelados, sentándose ambos bajo el dosel y el decano á su lado. Concluida la visita, que como de etiqueta fué corta, bajó el decano á despedirlos hasta los coches, cerrando él mismo las portezuelas de cada uno. Esta ceremonia duró hasta las cinco, retirándose los nuevos cardenales á sus respectivos palacios.

A las seis, iluminadas todas las habitaciones como las noches anteriores, y reunidos ya en el salon muchos cardenales, arzobispos obispos, príncipes y señores romanos, oficiales generales diplomáticos, y demas personas de clase, llegó Monseñor Stella, camarero secreto y guarda ropa de Su Santidad con el capelo en una magnífica bandeja de plata que remitía el Santo Padre, trayéndolo dentro del coche con la servidumbre á pie en gran ceremonia: el cardenal salió á recibirlo á la sala inmediata á la escalera, acompañado del maestro de ceremonias, capellanes y demas asistentes, y la servidumbre con hachas: así entró en el salon: el cardenal se colocó bajo el dosel, el guardarropa le presentó el capelo, dirigiéndole una arenga en lengua italiana, manifestándole los motivos que habian impulsado al Santo Padre á elevarlo á la dignidad cardenalicia, indicando sus méritos y servicios prestados á la Iglesia y á la sociedad en su dilatada carrera: el cardenal contestó en lengua latina que todo era efecto de la bondad del Santo Padre, que habia querido honrar en su persona destituida de méritos, la iglesia de Toledo, célebre por tantos títulos, como lo habian practicado tantos predecesores suyos con muchos prelados verdaderamente insignes y acreedores á tan alta distincion, y citó además varios del

tiempo de los godos; y despues de la reconquista en elogio de su iglesia, expresando su extraordinario placer por la feliz coincidencia de recibir el capelo cuando tan próxima estaba la solemne declaracion dogmática del misterio de la inmaculada Concepcion, que esperaban con tanto ardor todos los fieles, en particular todos los españoles, y muy especialmente la reina, su augusto esposo y toda la real familia, que tenian el mas vehemente deseo y experimentarían la mayor alegría por esta declaracion, aumentándose el gozo del cardenal al contemplar presentes en el acto tantos arzobispos y obispos que habian concurrido de todas partes para asistir á tan grande solemnidad.

Concluida la respuesta, el cardenal quedó solo con el guardarropa por un solo momento, y le hizo un regalo segun práctica, que fué un cáliz de plata cincelado con diversos geroglíficos, patena y vinajeras correspondientes en sus respectivos estuches. El capelo es un sombrero redondo de ala tendida de cerca de dos tercias de diámetro, copa muy pequeña, cordon y borlas muy grandes, todo de color encarnado.

Acabada la ceremonia, se retiró el guardarropa: el cardenal, en union con el maestro de ceremonias, capellanes y demas comitiva, lo acompañó y despidió en la última sala; en seguida pasó á su habitacion, se desnudó de los capisallos y trage encarnado, se puso los morados, y bandas como las noches anteriores, volvió al salon, donde se servia un abundantísimo refresco de sorbetes y dulces de todas clases, á cuantas personas habian concurrido en un número extraordinario. La funcion duró hasta las once, y todo se celebró con el esplendor y magnificencia propia de la nacion española y de sus augustos monarcas, manifestándose todos muy interesados en su prosperidad y ventura.